

besos, y en tus cabellos la humedad de mis lágrimas. Mi amoroso mirar te alumbraba, cuando empezaste á hollar el sendero de la vida. Yo te sostenía en mis brazos; y te arrullaba con mi aliento. ¡Qué feliz era yo cuando te dormías! El canto del ruiseñor me era importuno. Temía que te despertase. Tus juegos infantiles, tu inocente sonrisa, las primeras palabras que baluceaste, los primeros besos que me diste, son imágenes de una felicidad que perdí por mi culpa, y cuyo recuerdo me atormenta envolviéndome en negros remordimientos.

—Ernesto, Ernesto, mío! Tu madre ha sido culpable y desgraciada. Todavía ignora si sus crímenes provienen de su desgracia, ó su desgracia de sus crímenes. Nunca logré una hora de tranquilidad. Nunca vi una sonrisa placentera. Solo tus ojos me han mirado con amor en el mundo. Huyendo del odio caí en la esclavitud. Seguí á un hombre á quien no amaba, por huir de un hombre que me aborrecía. Si hice mal, una vida de dolores y remordimientos debe haber expiado mis culpas, y un mar de lágrimas borrado mis manchas. La ignorancia de mis deberes me precipitó en el abismo. Tu padre... no quiero hablar de él; porque al fin, Ernesto, es tu padre.

Pero si algo vale el consejo de una madre, no te cases hasta que te hayas convencido de que la mujer que amas es la única digna de hacerte feliz, y la única también que comprende tu corazón y que te adora. No sabes como se paga un casamiento, en que la gratitud ó un compromiso nos impelen á dar un sí que pronuncian frios los labios, y dicta indiferente el corazón. Después viene el amargo tormento, las quejas inarticuladas, la indiferencia, el odio tal vez; hasta que el deshonor y el crimen completan el desolado cuadro de un enlace, cuyo móvil no ha sido un amor santo y puro. Y la mujer abandonada devora un desprecio, oye la voz de un seductor, y deseando vengarse se levanta de su abandonado lecho, se arrastra á los pies del crimen, vende su honor, y abandona en la cuna hasta su propio hijo.

En vano el desamor nos habla con elocuente voz, y el remordimiento nos atormenta con su agudo puñal. En vano la imagen del niño abandonado nos sonríe. Y las entrañas palpitan. El abandono nos incita al abandono, y el desprecio al desprecio. La ley injusta de la sociedad, graba el deshonor en nuestras frentes, y serie de las calaveradas de nuestros maridos, sin considerar que sus desórdenes nos arrastran á la lucha, y nos abisman en el crimen.

¿Te avergonzarás de ser hijo de una infeliz que no tuvo valor para sufrir resignada su martirio? No te amaba. Si te hubiera amado, jamás huyera de aquella isla donde naciste. Pero recuerdo la noche que te abandoné. El mar estaba en calma como tu sueño, el cielo puro como tu inocencia; tendido en tu lecho, entornados los ojos dormías, tal vez soñando con tu despiadada madre. La hermosa cabeza apoyada en el brazo; el pecho respirando tranquilo; una sonrisa de paz en los labios, y un reflejo de inocencia en la frente; el ángel de la Guarda á tu cabeza, y tu llorosa madre á los pies, anegada en llanto, pero atraída por el amor de un hombre que la prometía libertad y paz. ¡Te abandoné, y ahora te busco y te quiero estrechar en mis brazos! Anhelo por huir de este hombre. En el bosque de la derecha del estanque grande en el Retiro, á la hora de anochecer el domingo. Esperame, esperame.

Cuando Luisa escribía esta última palabra, oyó pasos, y una llave penetró en la cerradura. Apenas tuvo tiempo para guardar la carta en un libro de devoción que á mano tenía.

LXXXVIII.

Era Edgardo, que volvía de sus negocios mucho antes de lo que prometiera. Luisa trató de ocultar su

turbación; pues tan pronta é inesperada visita la conmovía profundamente: que el zeloso furor de su amante había engendrado odio é ira en sus entrañas.

—¿Tan pronto vuelves? le dijo.

—¿Te incomoda mi regreso?

—No por cierto.

—Estaba yo pensando, Luisa, que la felicidad consiste en merces caprichos de nuestro inconstante corazón. El avaro es feliz con el oro que atesora, y que de nada le sirve; y yo, por ejemplo, me considero dichoso junto á una mujer, que en premio de mi amor me regala con zelos y desazones.

—La desventura, Edgardo mío, si que se alimenta á veces de aprensiones. Tu podías ser feliz. La fortuna te sonríe; tu amada te adora. Pero te has empeñado en amargar tus días y lo consigues, sin poner en juego grandísimos esfuerzos.

—¡Feliz! dijo Edgardo, convirtiendo sus ojos con recelo á todo el aposento, como para averiguar si allí habrá entrado algo, ó alguien. ¿Y quién me asegura esa felicidad?

—Mis palabras.

—Es verdad; pero yo soy dado á la duda. Leo los periódicos, y pongo en cuarentena las noticias. Leo á los poetas, y me río de sus sentimientos. Escucho el murmullo de las gentes, y todos creo que me engañan. En cada cara veo una máscara, en cada vestido un dominó, en cada palabra una broma, y en el mundo un carnaval. ¿Quieres que á tí te crea, Luisa? Eso es pedir lo imposible; porque al fin eres mujer, y la mujer es una mariposa que se viste de diferentes matices segun las flores que liba.

—Pero tomando por norma tu conducta, de todo se desconfia.

—El hombre no está seguro de sus acciones, ni conoce sus propias obras. Cervantes no supo si aniquilaba ó ensalzaba la caballería en su obra inmortal. Napoleon, arrastrando tras sí á la Francia, no sabía si en las puntas de sus bayonetas llevaba el despotismo, ó la libertad.

—Y....

—Y si el hombre no está seguro de sí mismo, ¿podrá por ventura asegurar nada de los demás? Si no conoce su corazón, ¿blasonará de sondear los ajenos?

—Compasion me inspira tu vida.

—Yo dudando de todo, he logrado encontrar la verdad de las verdades; el axioma de que *todo en el mundo es mentira*.

—También lo será tu amor.

—No me opongo á semejante aserto. Mi amor vive porque cree que el tuyo está muerto; porque se considera no correspondido; mi amor vive de la muerte, y respira en el vacío. Si yo creyera que me amabas, si te viese siempre á mis pies implorándome una caricia ó una mirada, si al reclinar mi cansada cabeza sobre tu pecho contara en los latidos de tu corazón otras tantas emanaciones de ardiente amor, entonces te abandonaría hastiado y aburrido.

—Segun eso; ni la felicidad merece un tributo de alegría, ni el infortunio una lágrima.

—Así es. Si no fuéramos tan frágiles y de natural tan débil, no oiríamos la voz de las pasiones, ni el grito de los dolores. Nadie practica aquello de que está convencido. Sócrates encomiaba la virtud, y caía rendido de amor en brazos de las cortesanas. Si hubieran llegado hasta nuestros oídos, tal vez nos avergonzaríamos de los amores de Platon, el primero que divinizó esa pasión, pintándola con los mas celestiales colores.

—Es triste vivir de la desconfianza y la duda.

—Son como reflejos brillantes que alumbran los escollos de esta turbulenta sociedad. Y sino, Luisa, ¿qué has hecho durante mi ausencia?

—Pensar en tí; aunque eres mi carcelero.

—Voy á creerte por vez primera en mi vida.

Luisa palideció, y su amante echó de ver su palidez.

—¿No te ha asaltado un deseo de libertad?

—Estoy segura de que no me has de creer.

—¿Qué sabes? Tal vez te crea. El hombre tan libre, no puede menos de dejarse llevar á veces de su propia organización. Hay días, segun la voluntad del acceso en que una gota de bilis nos hace ver el mundo lleno de males, y el cielo vacío; y días también, en que la rápida circulación de la sangre nos pinta un cementerio con losesmaltes de un jardín.

—¿Y hoy cómo tienes la bilis?

—¿Estoy pálida?

—No.

—Entonces, no temas.

—Pues mira, pensaba en lo felices que seríamos, si me permitieses salir una tarde al Retiro.

—Confieso que así como tú siempre me estás echando en cara mi amor entrado ya en edad, yo tengo tentaciones de echarte en cara tu deseo de lucir, impropio ya de tus cuarenta años.

—Quiero ver el sol esplendoroso de Castilla, y respirar las brisas embalsamadas del campo.

—¿Ningun otro deseo te arrastra á pedirme esos momentos de libertad?

—Ninguno, contestó entrecortada, Luisa.

—Me engañas.

—No; contestó ella tímidamente.

—¿Ese no! Vamos; echemos á un lado recelos y aprensiones. ¿Querías que paseemos juntos?

—Por supuesto; dijo con frialdad, Luisa.

—Ese por supuesto... Estoy decidido á creerte. Sino creyera en tí, que me has sacrificado hasta tu honor; ese don tan preciado de las mujeres, porque sin él ni los pollos las rinden vasallaje, ni las tertulias las admiten en su seno; sino creyera en tí, repito, ¿en qué habia de creer este infeliz?

—¿Te burlas?

—¿Burlarme yo! Nada de eso. Te creo. Nunca mas dudaré.

—¿Nunca?

—¿No has intentado huir?... dijo mirando la cerradura.

—¿Para qué? si contigo soy feliz.

—¿Ni ocultarme algo para sorprenderme?

Y miraba todos los ángulos de la sala con nimia escrupulosidad.

—Ni siquiera me permites entregarme á las labores de mi sexo.

Y Luisa acariciaba las tapas del devocionario.

—Ya adivino lo que has hecho. Rezar

Y cogió el libro.

Luisa dió un grito agudísimo, como si la desgarraran las entrañas con un puñal. Edgardo desplegó la carta con severa y fria impasibilidad.

—Ola; dijo después de haberla leído. ¡Magnífico! Hay aquí declaraciones que te honran.

—Seguí á un hombre á quien no amaba, por huir de un hombre que me aborrecía.

—Buen modo de excusar un crimen. El amor, Luisa, todo lo borra; pero abrazar el mal por cálculo, es un delito que aun no has purgado, y que vive Dios, purgarás bajo mis manos.

Luisa encendida de vergüenza ni hablaba, ni á respirar se atrevia.

—La mujer abandonada devora el desprecio; oye la voz de un seductor, y deseando vengarse....

—Se prostituye, debiste añadir, como se ha prostituido tu madre.

—Anhelo, dices, por huir de este hombre.

—Huirás. Esta carta irá á su paradero, y tu acudirás á la cita.

—¿Perdon! gritó convulsivamente.

—¿Perdon! ¿Quieres volver á engañarme? Luisa. Tu marido te odia, tu hijo te maldice, y yo satisfaré

el odio del marido, y cumpliré la maldición del hijo

LXXXIX.

Resplandecía la luna, iluminando con sus melancólicos reflejos el jardín de Eugenia. Los árboles desnudos, sostenían en sus brazos algunos copos de nieve. La noche estaba serena, y en el blanco mar que por do quier divisaban los ojos, se reflejaban cual en rizado lago las estrellas del cielo. Se aproximaba el Carnaval, y se aproximaba también la ansiada hora del casamiento de Eugenia con Ernesto. Apoyados en una reja, se extasiaban ambos amantes en el cuadro de la naturaleza. Y en efecto, nada mas hermoso que la tierra vestida de blanco, coronada por un cielo sereno y una luna brillante; nada mas bello que esas nevadas noches, en que la campiña se parece á una virgen envuelta en el blanco velo de desposada, y los astros á las ilusiones que vuelan por un corazón amoroso y feliz.

Ernesto sentía, y amaba como poeta. Sus quejidos habían cesado, y se habia roto la lira de su dolor. Ya solo pensaba en su Eugenia, profesándola un amor verdadero é infinito.

Solo invocaba á María en los momentos de inspiración, (ya lo hemos dicho) como invocaban los poetas antiguos sus soñadas musas, ó los románticos modernos los fantasmas, que la embriaguez agrupa en el borde de una ponchera.

Todo pasa. Nuestros corazones tienen su primavera. Hay una edad en que se ama con entusiasmo, y se tiene en poco la vida, si el objeto adorado no la ilumina con la luz de sus hermosos ojos. Hay una hora en que la gloria nos fascina, y la historia nos levanta á desear la corona de los héroes. Hay un momento en que deseamos morir como Cervantes en la miseria, para vivir como Cervantes en la posteridad. Pero esos amores, esos deseos, esas ilusiones pasan, mueren; se desvanecen como el ensueño de un niño.

No ha habido amor que no haya jurado ser eterno, y su eternidad dura á veces un instante. Es triste entrar sin ilusiones en la carrera de la vida, pero es mas triste fingir esperanzas que el desengaño ha de marchitar, y dicha que el tiempo ha de desmentir.

XC.

¿Y María? La infeliz habia sido llevada á un arruinado castillo, donde antiguo salon, recuerdo y restos de pasados siglos, albergó su dolor y recogió sus lágrimas. Una reja la separaba del campo, una puerta era centinela de su libertad. Un criado bajaba algunos manjares para su sustento. No hay para qué decir cómo lloraba la infeliz. No queremos lastimar el corazón de nuestros lectores.

El quejido del ave nocturna ó el bramar del viento eran sus compañeros. El gilguero que volaba en el cielo; dueño de su libertad era también su tormento. Alguna vez oía á lo lejos el arrullo de la tórtola, ó veía una flor deshojada y en su dolor las consideraba como compañeras de sus quebrantos. Rogó; porfió al ayuda de cámara su carcelero; pero rogó y portió vanamente. Ni una palabra de consuelo merecían sus quejas ni una mirada de compasion sus lágrimas. María se arrastraba por el suelo pidiendo un instante de libertad para correr á Madrid, y abrazar á su padre. Nada lograba; nada.

La previsora Eugenia se habia encargado también de esto, para no levantar sospechas que redundasen en contra de sus intereses. Todas las semanas enviaba socorros al padre de María en nombre de su hija, diciéndole al par que esta se hallaba contenta y feliz.

Por el ayuda de cámara llamado Antonio, sabía María nuevas de sus padres, cuyas cartas la regocijaban en su martirio y oyó mil veces con lágrimas en los ojos á Antonio.

—Es imposible que el corazón de un hombre mire indiferente llorar á una mujer. El cancerbero, que cumplía al principio fielmente las órdenes dictadas por su dueña, después ya anduvo más perezoso en abandonar el salón de su hermosa cautiva. Ya la trataba con más esmero, y ponía cuidado en evitarla un dolor. Corría al campo por traer una flor que le valiese una sonrisa y por aprisionar una tórtola, regalo que María le pagaba con una mirada. Tanta solicitud llegó á convertirse en una pasión. ¿Sabéis lo que son las pasiones en esos caracteres misántropos?

XCI.

Cierto día logró dejar el cuidado de su hermosa prisionera á un criado antiguo, guarda del destrozado castillo y encaminarse á Aranjuez para traer consuelos al corazón de María.

Al volver pasó por los hermosos invernaderos, donde Eugenia resguardaba sus flores de los azotes del invierno, y cogió á hurtadillas varias rosas blancas, y claveles que se entretuvo en arreglar formando un vistoso ramillete. Conforme colocaba las flores, las iba besando, como si quisiera depositar su amor en aquellas hojas, y confiarlas al secreto de su corazón.

Llegó y subió al salón. Era la hora del crepúsculo. Un místico rayo de luna iluminaba el rostro de María.

Antonio se detuvo un momento para mirarla con enamorados ojos, guarecido por la sombra, que no revelaba sus miradas. María agradecida á su solicitud y á su amistad recibió con júbilo á su compañero.

—¿Qué me traes?

—Una carta de vuestro padre y estas flores.

María á la luz de la luna, leyó.

«Hija mía, celebró que seas feliz. Desearía ver tu letra, ya que no me sea posible ver tu cara y besar tu firma; ya que no puedo besar tu frente. ¿Por qué no me escribes? A un anciano que presiente la muerte, no se debe negar ningún capricho. Hija mía; ¿cuánto tardas en volver!»

—¡Pobre padre mio! Me cree feliz. ¿Por qué no le envían mis cartas?

—Como en todas os quejais, la señorita no habrá tenido por conveniente remitirlas para no hacer sabedor de tantas quejas á vuestro padre.

—De hoy en adelante no me quejaré ya que desean ocultar mis padecimientos. Si tú fueras más leal, llevarías á mi padre una carta, sin que pasase por las manos de tu señorita.

—Si fuera menos leal, diriais bien.

—Si te mereciese yo alguna amistad.

—¿Cómo ha de ser, es tan duro mi corazón! contestó con voz profundamente conmovida.

—Una hija no ver á su padre!

—Jamás he visto á los míos.

—¿No has conocido padres?

—No sé quién son. No tengo nombre.

—¿Desgraciado!

—¿Crees que si tuviera padres me entregaría á la degradante profesión que hoy me envilece? ¿Ser ayuda de cámara no es nada honroso! Pero aspirar á un mundo donde todos preguntan por el nombre antes que por el corazón, es imposible, para el que como yo, si le falta nombre le sobra corazón.

—¡Pobre carcelero mio!

—¡Me compadeceis, llorais! Nunca he visto llorar á nadie por mí. Por eso tal vez el pensamiento se ha secado en esta frente tan árida, y el amor en este corazón tan desierto. Oír llorar por mí es una felicidad que no puede comprender el alma.

—Antonio, no te conocía bien; me arrepiento de haberte odiado.

—¡Os arrepentís! Yo llevo el odio en pos de mis pasos. El mundo me aborrece, porque carezco de una palabra con que designarme, cuando nadie debía tener más nombre que el que le granjearan sus acciones.

—Es verdad.

—Mas yo desprecio á esa sociedad, que deja morir de hambre á sus hijos. Yo jamás he hablado dos palabras al oído de ningún mortal. He embrutecido mi cuerpo, para que no conocieran mi espíritu. Todos dicen «Es un loco que ha dado en la manía de no desplegar los labios,» y me complazco en engañar á todos. Es la única venganza que puedo tomar de esta maldita sociedad en que vivimos.

—Además de la carta ¿qué me traías? preguntó María para distraer de sus negros pensamientos la atención del joven.

—Traigo unas flores, dijo tímidamente, con esa conmoción que solo el alma embriagada de amor puede sentir.

—Casualmente adoro yo las flores.

—Si, toda mujer ama las flores; porque son su imagen. Viven un día, y un día son hermosas. El sol las abrasa, y el olvido las devora.

Antonio presentó el ramillete con temblorosa mano. María pudo oír los latidos de su corazón.

—¿Qué hermosa rosa! ¿qué blanca!

Y diciendo esto aplicó el ramillete á sus labios. Antonio tembló convulsivamente, al ver que en aquellas hojas donde momentos antes había depositado un beso, se posaban los delicados y hermosos labios de la mujer que adoraba en silencio su corazón. Al fin valeroso tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no caer desfallecido de amor. Acostumbrado á los embates de la desgracia, no podía ver sereno aquellas ráfagas de felicidad.

—¿Has visto á Ernesto?

—No, dijo el joven secamente, como si un presentimiento le enseñase todo el misterio de amor que encerraba la pregunta de María.

—Solo sé que se casa el lunes de Carnaval, añadió.

María dejó caer la cabeza sobre el pecho. El ayuda de cámara adivinó más de lo que pretendía adivinar, y sus labios contraídos por el dolor de los celos pronunciaron una horrible maldición.

—Adios, señorita, dijo Antonio disponiéndose á partir.

—No me dejes sola, exclamó María, cogiéndole de la mano. Necesito tu compañía.

Por fin el corazón de Antonio prorumpió en llanto, aunque á sus ojos no asomó ni una lágrima.

Sentóse á los pies de María, y estuvo largo espacio embebido en mirar aquellos ojos mas azules que el horizonte; aquellos rizos mas rubios que la luna. María suspiraba y sus lastimosos suspiros caían sobre el corazón del ayuda de cámara como una lluvia de fuego. Después de un largo silencio, dijo María.

—Nada me dices.

—Nada puedo deciros que os agrade, ni os consuele. Vivimos ambos solos en este desierto, y en este tiempo ni siquiera la naturaleza nos distrae con sus varios espectáculos.

—Dime, Antonio, ¿no piensas nunca salir del estado en que ahora te encuentras? ¿No crees posible que cualquier joven sensible, sencilla, preste oído á las quejas de tu corazón, y te haga feliz?

—No he soñado nunca con esa felicidad. Mi amor sería baldon y afrenta á los ojos de la sociedad. Por mi cuna soy expósito, por mi profesión esclavo. Es verdad que no arrastro cadenas; pero llevo siempre impreso el sello de mi degradación en la frente. ¿Qué significan estas libreas? Son el símbolo de mi esclavitud, de mi deshonra. Yo amo imposibles, que finge en su delirio mi calenturienta imaginación.

—El amor dulcificaría tu carácter.

—Hay una estrella fatal que preside á nuestra vida. Y los que hemos nacido para no probar dulces sentimientos, nos arrastraremos hasta el sepulcro ansiosos de amor, y de ventura, sin que jamás se apague nuestra sed.

—No es eterno el infortunio.

—Si el infortunio no es eterno, buscadme padres que me amen y dadme un corazón para sentir y para amar.

—¿Crees por ventura que Dios te haya negado el amor?

—Ciertamente no, Dios nada niega al hombre. El hombre se lo niega todo á sus hermanos. Por no ruborizarse ante el mundo me desecharon de su regazo mis padres. Y yo jamás mostraré mi amor á una mujer, por no afrontarla.

—Eso es muy triste.

—No, que se puede amar hasta el delirio, sin que los labios profieran una palabra y se puede seguir con delirante frenesí la sombra de una mujer adorada y besar las huellas de sus plantas y abismarse en sus ojos y temblar delante de su presencia sin que el corazón confiese sus amores.

—¿Y por qué privar á una joven de conocer el sentimiento que inspira?

—Porque el amor se profana al pasar del corazón á los labios. Cuando se declara el amor, pierde toda su virginidad, toda su cándida pureza. Ya no goza del dolor de la incertidumbre, ni de las dulces sombras del misterio. Ya no vive aquí en el corazón, en este mundo interior, tan lleno de ilusiones y de ensueños. Y se derrama en el aire que recoge los suspiros escapados del pecho; y cae sobre la tierra, que absorbe en su esterilidad nuestras lágrimas, para regalárselas en vapores del vacío.

—¿Pues de qué vive el amor?

—De sí mismo. He oído quejarse de amores sin esperanza; he visto corazones místicos que esperan en el cielo encontrar su amor. Esas quejas me han parecido lágrimas de mujer; esas esperanzas, delirios de imaginaciones exaltadas; porque en el cielo no puede haber mas que un amor eterno, infinito y divino.

—Y conoces la amargura de un amor desesperado?

—¡Pobre niña! Cuando habéis con un hombre no le preguntéis, si ignora algún dolor; porque es rebajarle ante su propia dignidad. ¿Amar sin esperanza! ¿Pues qué, se puede amar sin esperanza? ¿Si yo os amara, María, había de pedir algún premio por este amor? ¿Había de demandar una mirada por mis miradas, una sonrisa por mis sonrisas? Ese es amor de almas vulgares. Yo amo porque amo, como Dios es, porque es. Yo adoro, porque mi corazón me dicta esa adoración, y mis lágrimas y mis suspiros no asoman ni á mis ojos ni á mis labios.

—¿Amor sublime! exclamó María.

—Si, si. No soy tan desgraciado; porque aun puedo sentir y padecer. No soy tan digno de lástima como creéis porque aun queda una gota de vida en el fondo de este exhausto corazón.

María guardó un profundo silencio; entornó los ojos, y se durmió tranquilamente en su sillón.

Antonio pudo entregarse á su amor. Se puso de rodillas, y eruzó las manos ante su amada. Era aquella la primera oración que modulaban sus secos labios. Una lágrima cayó de sus ojos, rodando silenciosa por sus mejillas. Era la primera lágrima de ternura. Un suspiro salió de su pecho, que tal vez se perdería en el cielo. Latió su corazón por vez primera. Había vivido muerto y se despertaba de un letargo.

Aprended á amar, vosotros, los que fiáis el amor á los sentidos; los que os reis de las pasiones puras y de las almas nobles.

XCII.

¿Qué magnífico es el carnaval en Madrid! La corte de las Españas se convierte en una larga prendería, y no hay vestido viejo ni pingajo nuevo que no salga á lucir su polilla en esos días de júbilo enmascarado de regocijo encubierto.

Por fuerza hemos de ser muy feos los hombres, cuando divertimos nuestro gusto, encubriendo los rostros con asquerosas máscaras, por fuerza hemos de ser muy cobardes cuando necesitamos envolvernos en el misterio para publicar la verdad á voz de trompeta, y la verdad ha de ser cosa muy triste, cuando de tales medios se vale para salir á la luz del sol. Nuestros delirios sociales, se ven en el carnaval. Los ricos se visten de pobres, quizá porque comerciando con los pobres allegaron sus riquezas. Los pobres de ricos, porque presienten que la justicia distributiva es una profunda verdad, y que ha de venir día en que la fortuna cambie la suerte de las generaciones.

Los jóvenes se disfrazan de mujeres, y á fe que no hacen mal, porque si la historia no miente, ni para vestir basquina vale nuestra juventud. Las mujeres de hombres porque han dado en soñar con su soñada emancipación. Y ya que no vemos ni un héroe en la maldita edad que nos cupo en suerte, los Annibales y los Viriatis renacen en nuestro carnaval, para no desmentir aquello de que la desgracia se ceba hasta con los recuerdos de los grandes hombres. El pueblo se apasiona generalmente del traje de indio salvaje, con lo cual da ocasión á pensar que por derecho natural debe ser esclavo. Y por regla general, los cobardes se visten de guerreros, las criadas de vestales, los mozos de cuerda de emperadores, y hay quien dice que retratan al vivo las realidades del mundo. De modo que buscando la mentira hallamos la verdad, ese fantasma aterrador, de cuya sombra en vano huimos por todos los senderos de la vida.

XCIII.

Ernesto salió á pasear á orillas del Tajo, á despecho de Eugenia, que considerándose ya como dueña de su amante, quería probarle que monge y casado son palabras sinónimas, y condiciones idénticas. El joven, cuya filosofía era mas humanitaria, no cedia á entender semejantes desvarios, y sin curarse de los retumbantes sermones de la que estaba en víspera de ser su esposa, salió á orillas del Tajo porque el día estaba hermoso, el aire templado, la atmósfera pura, el suelo sonriente, y el sol deslumbrador. Aun no se había alejado largo trecho de su vivienda, cuando por asalto le cercaron cuatro máscaras que con sus agudos gritos destemplaban sus oídos, y con sus caprichosos trajes turbaban la vista. Ernesto, que estaba solo en la desnuda alameda, no se extrañó de semejante asalto, ni puso cuidado en traspasar la valla que formaban las juguetonas máscaras, antes bien cruzó los brazos en resignada apostura y gentil talante.

Ernesto no era apto para bromas. En sacándole de sus nebulosas regiones, no sabía dar un paso ni seguir una conversación. Sabía volar, pero lo que es andar, á duras penas y tropezando. Criado en el mar, era como el mar, orgulloso, nacido en una isla, su corazón se aislaba también en el mundo, acostumbrado á mirar el sol frente á frente suspendido sobre los abismos, entregado á las olas, no entendía de sociedad ni de mundo. Así es que como todas las máscaras se aparecían á sus ojos en trajes de mujer, como mujer las juzgó, y á fe que lo breve de sus pies, y terso de sus manos, lo flexible de sus talles y gracioso de sus modales daba, á no dudarlo, margen á semejante creencia. Sin embargo, las máscaras eran hombres como saben nuestros lectores. Oigamos su conversa-

cion y sus bromas que por cierto fueron algo pesadas.

—Ola, poeta laureado, hijo primogénito de las musas, luz del parnaso español, honor y gloria de la patria mía, tu nombre me exalta, tus novelas me enloquecen, tu elocuencia me seduce, y tus pinturas me atacan á los nervios porque en ellas encuentra de-leite el oído, sabor gustosísimo el entendimiento, campos amenos la imaginación; ejemplos el malvado, y coronas el virtuoso, siendo como son luz y espejo de la española literatura, dijo una máscara vestida á la antigua, y que para nosotros, sin que nadie lo sepa, os diré que era Eusebio.

—Eres instruida y pedantesca, adorada máscara, si tu rostro corresponde á tu lengua debes ser una divina beldad.

—No es tan hermosa, mi compañera, dijo una matrona romana (era Ramon) como esa señora de tus pensamientos, ovalada de cara, tierna de ojos, castaña de cabellos, larga, estirada, romántica á guisa de una doña Sol, poetisa de profesion, literata instruida, mujer de mundo, conocedora del corazon humano, y que en las blancas redes de sus seductoras palabras ha prendido y aprisionado tu vaporoso corazon.

—Ola, mi querida romana, eres algo mas gruesa de voz que las señoras de nuestros tiempos. Eso provendrá sin duda de que las castas han degenerado, y de que tú perteneces á la raza de los Griegos.

—En cuanto á eso te engañas, yo que soy una beldad del siglo pasado resucitada por la rara magia del carnaval, y venida al mundo con la envidiable facultad de saber lo pasado, y adivinar lo porvenir, diréte cual es la dama, cuyo corazon rebosa en ideas de libertad, y cuyo amor es igual para noble y plebeyo, segun lo ofrece, regala, prodiga á ojos mas abiertos que los tuyos, á corazones menos envueltos en la inocencia provincial que os hace ser maridos, sin conocer á vuestras amadas, dijo una máscara vestida de señora de la corte de Luis XV.

—Me parece que no lograis con la máscara enmascarar vuestra envidia.

Un grito agudo, destemplado, burlon, atronador, salió casi á un tiempo de todos aquellos pechos sin corazon, porque los calaveras estragados nada poseen mas que una vida desfalleciente, y un cuerpo herido por los vicios.

—¿Quieres oírme? dijo Eusebio.

—Abiertos tengo los oídos desde el punto que me asaltasteis, dispuesto á escuchar gracias que me diviertan y distraigan, y por mas que me esfuerzo por dar pábulo á vuestro gracejo y natural donaire nada te oído digno de celebrarse, sino un mar de palabras huecas que vierten con admirable facilidad vuestros labios.

—No hemos venido, dijo Ramon, para hacerte reír.

—Pues hacedme llorar.

—Escucha y tiemblo.

—Yo nunca tiemblo.

—¿Quieres oír una historia?

—Si tiene gracia....

—No goza el estilo de tus novelas, ni la magia de tus palabras, pero es triste, como tu mirar, y desesperante como el mundo.

—Estoy dispuesto á todo.

—El carnaval (dijo otra de las máscaras), está destinado á la verdad.

—Pues, añadió Eusebio, y tu historia es tan verdadera que necesita del carnaval y de las pruebas que traigo. ¿Me creerás?

—Si me das pruebas.

—Escucha. Te la contaré en tu estilo. Era una noche deliciosa. Las atrás volaban, los pajarillos cantaban dormidos....

—Bravo, y todos se echaron á reír. ¡Son tan graciosas para unos redactores las gracias de un diputa-

do! Así aplauden sus estúpidos discursos como sus necias palabras que la adulacion es ciega por voluntad.

—Era una noche. Al pié de un árbol yacía sentada una mujer aguardando una cita amorosa. Esa mujer es hermosísima, y aseguro que te agrada sobre todas las mujeres del mundo. Suelto el cabello, vestida de blanco parecia una hija de los astros, que el fulgor de las estrellas tienen sus divinos ojos. Sus labios son como una granada entreabierta, sus dientes como las perlas de rocío congeladas en las ramas de los árboles. (Aplausos).

—Aquella mujer era poetisa, literata. Hablaba con las musas, y pulsaba la lira de Anacreonte. Aun recuerdo un cantar que dedicó á una copa colmada de vino. Esa mujer se llamaba Eugenia de Vistabella.

Un frio estremecimiento sacudió el cuerpo de Ernesto, y un relámpago de furor pasó por sus ojos.

—Si te indignas no prosigo. Si no quieres escuchar, sello mis labios. De cuanto te diga pruebas auténticas te daré.

—Sigue, sigue.

—Esa mujer aguardaba á un su amante. El era inocente como inesperto joven, cuya planta empezaba á hollar la sociedad. El joven creia encontrar una mujer que le hablase del cielo, de los ángeles, de Dios, y encontró una alma descarriada que le hablaba del placer del amor. Hablar á un joven de veinte años en un jardin, á la luz de la luna, con palabras de fuego, y delirante sonrisa, prometiéndole un eden de goces, perfumándole con un aliento mas embalsamado que las brisas de abril, enloqueciendo su fantasia, es revelar todos los secretos de la naturaleza, es prometer todo lo que anhela un corazon que rebosa sangre y vida. El joven cayó en aquellos brazos que se abrian para recibirle, y apuró la copa del amor que la hermosura aplicaba á sus labios.

—Mentís villanamente, señora; y si tenéis esposo ó padre dadme su nombre.

Una risa general contestó á esta exclamacion de Ernesto.

—Aguardad pruebas, que no es justo juzgar tan de ligero.

—¿Dónde están? Pero no que mi corazon no duda ni puede dudar de su verdad.

—¿Conoces este rizo?

—Un rizo puede ser prenda de un amor purísimo.

—Lee esta carta.

—Es su letra, exclamó Ernesto turbado.

—Leía la carta y palidecia, y un sudor frio semejante al sudor de la muerte, destilaba de su frente.

—Lee esta otra. Dijo la matrona.

Y Ernesto fuera de si cogia las cartas y las leía, con ojos extraviados y respiracion fatigosa.

—Lee, lee, exclamaron varias voces.

Y presentaban una nueva correspondencia.

—No cabe duda. ¡Es verdad!

—Esa es tu futura, la que mañana vas á llevar al pié de los altares. Dijo Eusebio.

—Esa mujer ha sido el ídolo de los pollos, y ahora te dá un corazon gastado en las orgias, añadió Ramon.

—Preséntale las cartas, y recreate con ellas en tu dia de boda. Dijo Ricardo.

Ernesto dejó caer la cabeza sobre el pecho. Todos se burlaron de su desesperacion, todos; pero Eusebio, viéndole tan embobado en su dolor allegóse á él y le dijo al oído.

—Pregúntale á Eugenia por María.

—¿Qué dices?

—¿No has visto á María?

—¿Quién eres?

—Ya ves que te conozco. ¿Has visto á María?

—No.

—Pues Eugenia sabe de ella.

—¿Esa voz! No eres mujer. No.

Eusebio lanzó una carejada. Ernesto arrojóse sobre él, y le arrancó la máscara.

—Caballero, le dijo. Me habeis revelado un secreto terrible. Pero os habeis vengado vilmente de una mujer, requerid vuestra espada, ó montad vuestras pistolas, porque mañana os mato. Como os he arrancado la máscara, os arrancaré el corazon.

XCIV.

Es horrible ver como el desengaño se desliza entre las varias flores de la vida humana.

Ernesto, que habia soñado tantas veces para caer despues en el árido desierto de una espantosa realidad, no daba crédito á sus ojos, ni fe á los dolores de su propio corazon. ¿Cómo podia imaginar que aquella mujer tan tierna en sus afectos, tan poética en sus palabras, enemiga de toda fealdad, se habia arrastrado en el polvo, vendiendo sus caricias sin rubor, antes bien engalanándose con sus desvarios como si todo sentimiento se hubiera apagado en su carcomido pecho, y toda virtud se hubiera desvanecido en su disipada vida, verdadero escándalo de la corte, y pasmo hasta de los hombres mas cínicos en sus palabras, y mas corrompidos en sus pasiones.

En verdad, las novelas habian perdido el seso de



Eugenia.

Eugenia. Las pinturas de livianos amores encienden la sangre de los jóvenes. La desesperacion que rebosan esas elocuentísimas páginas, infunden odio al mundo. La duda que cual macilenta sombra, se refleja en la frente de esos tan grandes escritores, anubla los corazones de los que exaltados por su imaginacion, buscan la verdad en la literatura, como buscaba don Quijote la realidad de la caballeria en los desiertos del mundo.

Despreciado el mundo, perdida ó no conocida la

fe, llena el alma de delirios, vacío el corazon de esperanzas, no hay mas medio que buscar el placer para sentir el dolor, cuando el hastio no deja mas deseo que la muerte, y la muerte no ofrece mas descanso que la nada.

Esa y no otra fue la triste situación de Eugenia. Vaciló y cayó.

El arrepentimiento pudo purificarla á los ojos de Dios, pero el honor perdido no se recobra jamás á los ojos del mundo.

XCV.

Ernesto se entró en su gabinete y empaquetó sus papeles.

En seguida trazó los siguientes renglones.

Eusebio:

«Habeis insultado á una mujer desgraciada. Sois un cobarde, puesto que á la sombra de una máscara publicais los favores de las damas. Cartas que debisteis guardar por pundonor, las habeis depositado en pagenas manos, colmándoos de villanía y torpeza. Si no contestais á mi llamamiento, os escupiré al rostro. Si mi saliva no os parece injuriosa, pondré mis manos sobre vuestra cara, para gravar allí vuestra cobardía y mi venganza.»

En seguida salió en busca de Eugenia.

XCVI.

Eugenia está acabando de adornar la blanca corona, que debía ceñir en el feliz día de sus bodas. Acababa de probarse su traje para ver si notaba alguna imperfección. Era su vestido de moaré blanco semejante á las nieblas de otoño heridas por el mustio rayo de la luna. Un velo de gasa de plata, prendido con cintillos de diamantes la envolvía en sus pliegues, rodeándola de una purísima y trasparente nube. La corona de azahar perdida entre los rizos de sus cabellos, le daba el aspecto de una graciosa virgen. Su rico aderezo de perlas parecía formado de lágrimas de la luna, y sus áureos brazaletes de rayos del sol forjados por maravilloso artista. La sonrisa de felicidad que vagaba por sus labios entreabiertos, la gracia de sus miradas, demostraban que había arribado al colmo de sus deseos.

Ernesto se apareció en el dintel de la puerta con pálido rostro, torvo mirar y fruncido ceño.

— ¡Mira qué hermoso traje! ¿No es de tu gusto? Exclamó Eugenia saliendo á su encuentro.

— Si. Deslumbradora estas, Eugenia, y los ojos no se cansan de mirarte, que es rara y peregrina tu hermosura.

Eugenia se ruborizó como se ruborizan las desposadas al pié de los altares.

— ¡Blanco el traje; blanco el velo; y los aderezos blancos! Todo en ti respira pureza. Esa corona de virgen ceñida á tus sienes resplandece con fulgores que iluminan mi alma.

Eugenia se estremeció, porque las palabras de Ernesto tenían un eco indefinible de amarguísima amargura.

— ¿No es verdad que nada hay semejante á la pureza?

Las almas castas son como esos ángeles de blancas alas, que en ensueños imagina el alma perdidos en el seno de Dios.

La mujer que ha manchado su corazón, es como la luna entre sombras, ni luce su hermosura, ni alumbra con sus rayos.

— ¿No es verdad que este velo cayendo como un raudal de plata de mi cabeza, prendido con estos diamantes es hermosísimo, y digno del momento feliz que nos aguarda? preguntó Eugenia.

Ernesto nada dijo.

— ¡Qué preocupado estás! Ni me miras, ni me respondes.

— Estaba embobado en ideas, que mis lecturas me inspiran, y que vuelan por mi mente sin ser parte á detenerlas la voluntad. Decía para mí, Eugenia, que el honor es la religión social de los hombres, y que perdida esa estrella ni el mundo puede albergarnos ni recibirnos el cielo: que honor es sangre de los nobles corazones y aliento de los levantados espíritus. Sin su esplendor la vida es pesadumbre, el placer martirio, la gloria mentira y vano eco la felicidad.

— ¡Siempre filosofando! Da treguas á tus pasiones literarias para escuchar á tu amor.

— No conocemos la tierra que huellan nuestros piés ni el cielo que corona nuestras frentes. Soy yo tan ignorante que no alcanzo á ver la deshonra oculta bajo el velo de la hermosura, ni la lascivia que encierra una divina mirada. Y despues diremos que somos los supremos señores de la tierra. Lo que el instinto presente, la razón no lo adivina. ¿Quién me digera á mí cuando apartándome de mis santos recuerdos, y desoyendo la voz de mi corazón, caí de hinojos ante una beldad adorada con delirio por este mi ciego espíritu que tanta fineza y tanto amor habian de ser vano engaño y torpe burla.

— ¡Ernesto!

— Mujer ¿sabes tú á dónde llega el dolor de un corazón engañado? ¿Comprendes lo que es perder dulcísimas ilusiones?

— Tornas á tus quejas. Por demás eres ingrato. Mintiendo amor me atrastras al pié de los altares, y en vez de adorarme tranquilo, rendido buscas medios para levantar negros zelos en el alma. No me amas.

— Ojalá fuera lo que dices: que el corazón no sufriría dolores tan amargos. Alcemos la frente que no pueda abatirnos la desgracia.

Dime Eugenia, ¿qué pena merece la beldad, que engaña á un rendido amante? La que fingiendo una virtud que ha perdido y una pureza que ha deshojado le atrae á sí, para grabar en su frente el sello de la deshonra?

— ¡Qué dices!

— El engaño es una burla, la traición un crimen. Si por engañadora merece desprecio, por traidora merece castigo. Si, que el desengaño la persiga hasta no dejarla un punto de reposo, y el corazón la martirice y la conciencia quite el sueño á sus ojos, la tranquilidad á su espíritu, y los hombres la rechacen y el mundo la maldiga y arrastre sus días; en el dolor y pérdida sus gracias con prematura vejez, y la muerte no se apiade de su amargura, y el justo cielo la confunda para siempre en los abismos; sujetándola á inmensa desesperación é infinito el dolor.

— Ernesto... ¡Estás loco! dijo Eugenia que temblaba de espanto.

— ¿Te acuerdas de una noche en que la luna brillaba alumbrando maldecidos amores, cuyo templo era un jardín?

Eugenia retrocedió demudada, al oír semejante pregunta.

— ¿Recuerdas los suspiros que recogió al aire; los besos que presenciaron silenciosas las estrellas?

— ¡Dios mío!

— Como los vapores de la noche huyó tu pureza. Como las flores de pasado día se agostó tu hermosura. Ni volverás á tener la estimación de los hombres, ni á sentir el amor de Dios. El desprecio te ha arrojado al olvido, como se arroja al polvo una perla que se quiebra.

Eugenia se cubrió el rostro con las manos.

— La mujer es un ángel; mas el día que pierde sus alas es por demás torpe su condición y degradada su existencia.

Eugenia sollozaba.

— ¿Por qué, mujer, no me digiste que como Satanás estabas imposibilitada de amar! ¿Por qué no caraste tus oídos á mis quejas, y tu corazón á mis amores? ¿Sino tenías honra que dar, á qué arrastrarme á un amor que debía llagar para siempre mi lastimado pecho?

— Calla, calla, por piedad, exclamó Eugenia cayendo á sus piés.

— Eugenia: toma tus cartas; repásalas todos los días.

Oye, oye estas cortas palabras.

«¿Puede compararse la pérdida del honor con los placeres que el amor satisfecho y saciado suspira al corazón? Amar es sentir; sentir es gozar; que nuestras almas, como las aves para el aire, fueron por Dios creadas para el placer. He apurado el amor y si es cierto que la conciencia es juez y el remordimiento verdugo, no he cometido un crimen en amarte porque mi espíritu tranquilo ha dormido en paz arrullado por placenteros ensueños. Tal vez digan filósofos preocupados, oscuros de inteligencia y pobres de corazón, que amor es tan solo un sentimiento ideal, palabras que se contradicen como afirmar y negar. Nuestras pasiones deben ser hijas de nuestra doble naturaleza. El que ama espiritualmente debe causar-nos lástima porque olvida su pecho y asesina su corazón, el corazón que corazón rebosa sangre. ¿Y el matrimonio? me dirán. El matrimonio es para los corazones que no tienen escrúpulos en esclavizarse, y que arrastran una vida sin sentimientos, sin poesía, encadenados siempre al pié de los tiranos.»

— Son esas, Eugenia, las máximas que guardabas para tus hijos?

Durante tan tremenda lectura, Eugenia suspensa y confundida, se arrinconó á un lado de la estancia. Sus ojos chispeaban despecho y furia como los ojos del águila que ve vacío su nido.

— Ahora, Eugenia, ¿qué has hecho de la infeliz María? ¿Qué juicios de Dios han arrastrado esa divina prenda á tus manos? Yo estoy loco; ni sé lo que pasa por mi mente, ni entiendo lo que sufre mi corazón.

En seguida añadió para sí.

— En fin me he convencido de que las pasiones son mentiras, y los amores ensueños. La felicidad nunca se realiza. Es como las ideas que imagina el poeta. La humanidad la presiente porque tal vez alumbró los derroteros de su vida, y al llegar á la aurora de la eternidad en el día de la muerte, esa sea soñada ventura su corona de estrellas. Todos nos despenamos por nuestras pasiones al abismo del desengaño. En el fondo de todo placer se encuentra... nada. Alcemos pues nuestra frente del polvo, y sacudamos las nieblas con que el mundo orna nuestras sienes. Desplegar las alas, que volar al cielo es nuestro destino. El que á Dios vuelve oye el suspiro de los cielos estremecidos de amor; el canto de las estrellas en las esferas; los ecos del arpa de la naturaleza llevados al través del espacio por el ángel de la vida en sus alas de luz; los cantares de los serafines perdidos en el océano de la Divinidad, y las palabras de consuelo, que prometen incesantemente la eterna verdad para la desfallecida inteligencia, el amor infinito para este nuestro corazón y á Dios en esencia para esta pobre y debilitada alma.

Despues de un corto silencio convirtió sus ojos á Eugenia.

— Dime, do está María. Nuestro amor es imposible; nuestra separación inevitable. El olvido coronará esta obra. Perdona si en un momento de despecho te maldigo. Has sido desgraciada mas que criminal. El mundo es implacable pero Dios es misericordioso. Acógete á su seno y encontrarás consuelos infinitos, esperanzas inefables. Pide al cielo remordimientos que es imposible al hombre borrar las leyes de su eterna sabiduría. Llorar, mujer, llorar. ¡Ojalá tus lágrimas no se agoten jamás! Una vida entregada al remordimiento asegura una muerte dichosa, y un porvenir bienaventurado. Eugenia... ¿Dónde está María?

Eugenia abrió una ventana, y mostró un monte enceniciento, que confundía su cúspide con últimos celajes del horizonte; dió un papel á un lacayuelo, diciendo:

— Ensilla dos caballos y acompaña al señorito á donde ahí verás.

Ernesto miró á Eugenia con amorosa mirada, y su conmovida voz pronunció estas palabras, tan tristes

como la despedida del moribundo al borde del sepulcro.

— Adios, Eugenia. Adios para siempre. Voy á vengarte.

XCVII.

Eugenia al ver salir á Ernesto, exclamó con voz enferma y desfallecido acento.

— Dios mío: ¡Maldita sea mi vida!

Despues se arrancó la corona de desposada; pisoteó sus diamantes; hizo girones el plateado reló, y golpeándose la frente se entregó en brazos de su desesperación. Sus labios murmuraban maldiciones; sus ojos despedían el fuego de los zelos; su pecho se ahogaba de rabia, y el dolor partía en pedazos su corazón.

Desarreglado el cabello, ensangrentado el mirar, desceñido el hermoso traje, se arrastró hasta la ventana.

Ernesto se partía á pié y solo. Había despreciado sus caballos. En la mano llevaba el papel que Eugenia diera al lacayo, y leía con avidez las señas allí escritas. La infeliz le vió alejarse, huir, desvanecerse, y su afanoso mirar se esforzó en vano por penetrar la cortina, que á su mirada oponían los árboles. Al ver que su amado desapareció; quiso llorar pero no pudo, que su dolor era como las tempestades del desierto.

— Morir, exclamó, esa es mi esperanza. Moriré, si saboreando el placer de la muerte.

XCVIII.

Temo mucho ser enfadoso y prolijo. La complicada historia de Ernesto embaraza á mi pobre imaginación. Así no extrañe el lector que me vea obligado á hacer algunos paréntesis, para darle cuenta de asuntos pendientes. Luisa escribió á su hijo. (Ya lo sabemos.) Mi Edgard Fichot envió la carta al correo. No se extravió y de consiguiente fue á dar en manos de Ernesto.

Este contestó:

Madre mía. Mi corazón es todo vuestro. No puedo acudir el domingo á la cita que me pedís; porque el lunes me caso. Iré el martes de carnaval al anochecer. Yo no veo en vos á mi madre. No me toca juzgar vuestras acciones. Solo puedo quererlos, y ya que la suerte me ha deparado volver á vuestro regazo, bendeciré la hora feliz en que os vea y pueda besar vuestras manos, y recibir vuestra bendición. Adios, madre. Yo os libentaré del tirano que os martiriza.

Ernesto.

Cuando Edgard recibió la carta exclamó.

Yo libentaré al hijo de la madre.

XCIX.

Era el anochecer del fatal día en que Ernesto despediéndose para siempre de Eugenia, se encaminaba al castillo, do cautiva estaba la desgraciada María.

La luna se levantaba en todo su esplendor sobre sonrosadas nubes que esmaltaban con su encendido color las orlas de los cielos, y la cima de los lejanos montes. Los arroyos desprendiéndose de sus argentados grillos, susurraban con voz suave, como si ensayaran por vez primera sus cadenciosos rumores. Jugaban las brisas con los árboles, y traían en sus alas amorosas promesas de nuevas hojas y lozanas flores. Un manto verde ornaba la campiña que empezaba á engalanarse para los festejos de la primavera. El pajarillo cantaba sus primeros amores, y corría en pos de las pajas arrastradas por los aires; para formar ya su nido en la copa mas alta de los álamos. Algunas florecillas nacían semejantes á las primeras palabras de la